

Esta poesía representa algo más que un drama: es una trascendencia que implica totalmente a Octavio Paz:

*... no hay redención, no vuelve atrás el tiempo;
los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre,
.....
el monumento somos de una vida
ajena y no vivida, apenas nuestra...*

El acento poético es duro y se recrea en lo terrible, sin alterar ningún ritmo, manteniendo casi virgen su hieratismo, su imperturbable convicción de que todo llegará y todo se irá. Octavio Paz ha impuesto un sello muy mexicano a su poesía. La mantiene en su aliento dramático de siempre.

Este ser voluptuoso del mexicano ante lo sagrado y terrible de la vida lo traduce Octavio Paz en sentimientos elegantes y en imágenes profundas, turbadoras. Palabras limpias que son como un sueño que se quedará siempre en nosotros. Hombre muy amplio y a la vez muy íntimo es Octavio Paz, un poeta que no se olvida,

*... un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre...*

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT.

MORELLA, UNA LECCION DE HISTORIA

Hace unos días visité, por primera vez, Morella, la tradicionalista villa del Maestrazgo, erguida a la sombra de un castillo centenario y a la que otorga su muralla envejecida el encanto de unos siglos de historia. Siglos de historia de España, castiza y feudal, impulsiva y ardiente como su fe romana, que había de agotarla en quijotesca misión contra el hereje. ¡Cuán reveladoras son para la comprensión de su espíritu estas tierras de España! Algunos lugares parecen escogidos para ofrecer en una síntesis de contrastes la peculiaridad ibérica.

Al subir al reducto que defendió Cabrera, desde Castellón, el perfil de España se nos dibuja. Es el paso del llano levantino a la aspreza montañosa del Maestrazgo. A la explanada verde de almendros y naranjos, sobre el fondo gris de los olivos, sucede el tono pardo de las encinas, en las que el campo mismo se hizo árbol, según Machado, trepando por cerros y cañadas, que una serpenteante carretera remonta con valentía. Ahí está España, siempre en el juego del claroscuro.

Ramón Gómez de la Serna ha escrito que lo amarillo y lo negro son el contraste de ese gran Museo que es España. “El claroscuro de la vida española —dice— es estar en un valle claro y que de pronto surjan las montañas más abruptas, las cordilleras más hoscas.”

Sí, don Ramón. Subiendo hasta Morella lo vemos; subiendo a esa fortaleza de antaño en que otro Ramón luchaba para fundir la disparidad de la España en lucha en la unidad de la corona carlista. Mis respetos, general. Pero debierais haber sabido que la unidad no es sólo producto de un trono o de una dinastía, sino que hay una voluntad común de hacer juntos una empresa, y esa voluntad es la que puede llevar o no una corona. Y sobre esto, el señor Renán algo os diría.

Pero no quiero perderme en tales cimas. Es preciso descubrir en Morella esa esencia de lo hispano, ese claroscuro de que habla Gómez de la Serna y que el toledano de Creta, Theotokopoulos, ha inmortalizado en sus lienzos que se escapan hacia el cielo. Esos lienzos en los que el caballero español, vestido de negro como en luto permanente, parece vagar por un cielo etéreo en busca de la quimera por él forjada.

La población que fue centro de operaciones del “Tigre del Maestrazgo”, apiña sus mansiones en un acantilado que la muralla estrecha con rigor, dejando que sus calles retorcidas e inclinadas se comuniquen por escalinatas de piedra, que no parecen precisamente hechas para pasear regios tronos. Allá, en la cima, se alza el castillo, que hoy los cardos y jaramagos han invadido, ocupando el lugar regado por la sangre de unos bravos que caían invocando a Dios, a su Patria y a su Rey. ¡Cuánta energía y generosidad perdidas! Dos solitarios cañones inservibles, apuntan hacia el horizonte a un desconocido enemigo que las brumas del atardecer han velado en su blancura. Uno hace abstracción del tiempo y ve aquellas torres almenadas ocupadas por arqueros, que tasaban en sus cuerdas el pulso de un pueblo combativo que rechazaba al invasor, haciendo de la Media Luna enterrada el cimiento de la Cruz. Pero uno ve también la bala fratricida que un gañán dispara contra su hermano, sólo porque un rey se le ocurrió modificar la cláusula sucesoria de una dinastía, que nos llegó del extranjero, también con sangre, por la disposición testamentaria de otro rey idiotizado.

—Eso es pasado —me diréis—. Sí, pero ahí continúa su recuerdo. Ahí está la tierra española acantilada; ahí están los ríos secos que arrastran su sed de verano al lado de vides y encinares; ahí están las ermitas y castillos que hablan de fe guerrera y de guerras de fe. Hay en Morella unas ruinas de un viejo convento gótico. La mano destructora de los años que el hombre guía amontonó cal y barro sobre

las rocas viejas. Un día la Iglesia cedió el campo a Marte, y un cuartel vino a albergar fogosos mozos bajo los ojivales arcos. Fue preciso cubrir claustros, cerrar pórticos y la vieja construcción se convirtió en conjunto de harapos arquitectónicos superpuestos. Y ya va otra nota más. Monjes y soldados se suceden. En realidad, pierde el arte; pero España afianza su constante histórica. Es inútil buscarle otro sentido, lo español brota por doquier y con sello indeleble.

Pero podemos seguir acumulando argumentos vivos. Visitad un poco más la villa y hallaréis una plaza de toros, ardiente y un poco desolada, como de páramo castellano. No es un capricho más que Goya nos crease con los toros; es que la vida española tiene siempre algo de la fiesta nacional, algo de embestida y de valor, muchas veces perdidos por inútiles. Y el arte, que recoge los últimos latidos del espíritu, no puede menos de expresar con vivos reflejos sus esencias.

Y tampoco nos falta otra constante. En una callejuela estrecha, mal empedrada y retorcida, se conserva la casa en que San Vicente Ferrer obró, según la tradición, unos de sus célebres milagros. La religiosidad supersticiosa de una mujer la llevó a ofrecer al santo, en macabro banquete, la carne de su hijo descuartizado. Fue entonces cuando Vicente, horrorizado de la locura de aquella madre insensata, devolvió la vida al hijo inocente que el fanatismo sacrificaba, no en una prueba de fe abrahámica que el Omnipotente hubiese ordenado, sino como deformación de un celo religioso que iba suprimiendo lo racional, es decir, lo humano.

Ahora, querido lector, ya los dos estamos de vuelta. Hemos visto desfilar ante nosotros, en una sucesión de contrastes, el llano y la montaña, la mar y el cauce seco, la encina y el olivo, la verdura y la aridez, la fe y la guerra, el fanatismo y el impulso irracional. Tú puedes preguntar de qué nos ha valido todo ello. Yo sólo quiero formular un deseo: que ese pasado no se eternice en presente. Que la geografía, cuando convenga, cambie, y que el hombre la humanice. Que la historia nos quede como archivo de recuerdos, en el que busquemos, ante todo, el tesoro de errores conservados, que nos permitan hacer un futuro en el cual esas faltas de antaño no se den. Pues esa es la gran misión de la historia, su verdadera enseñanza.

Y cuando a nuestro espíritu le embargue el pesimismo y en nuestro corazón el tiempo que socaba y roe haga sonar aquellos versos de Machado:

*¡No mires: todo pasa; olvidada: nada vuelve!,
y el corazón del hombre se angustia..., ¡nada queda!,*

recordemos siempre que los errores quedan inventariados en la historia y que, por ese quedarse, pueden servirnos.—LUIS GONZÁLEZ SEARA.